

PERSONAJES

EL MILAGRO

Paso de comedia en un acto y en prosa, estrenada en
el TEATRO DE APOLO el día 11 de Marzo de
1916, por la Compañía del Teatro Lara

PERSONAJES

FULANA..... SRTA. PARDO.
FULANITA..... HERRERO.
FULANO..... SR. THULLIER.
EL GUARDA..... MORA.

Epoca actual.—Derecha e izquierda las del actor.

ACTO ÚNICO

Una mañana de Mayo, en el Retiro. A la derecha,
frente al público, un banco de jardín

ESCENA PRIMERA

EL GUARDA, entrando lentamente por la derecha

¿Un banco, sin encontrar sentada su parejita correspondiente? ¡lo celebro, lo celebro muchísimo, porque ya estoy harto de mandar parejas a la Delegación... Si el Ayuntamiento lo reflexionara, quitaría los bancos... o pondría guardas para no tener descabalados a los pobres guardas... ¡que también somos de Dios, aunque seamos del Ayuntamiento! Bueno que cuidemos de los árboles, bueno que cuidemos de las plantas y de las flores, pero que cuidemos de que no se adoren los jóvenes cuando este sistema de calefacción solar inflama árboles, flores y juventudes... ¡no, no está bien aunque lo hayan acordado en sesión los concejales! Y el caso es que

también a los señores del Concejo les gustan los banquitos y los *duitos* y los... ¡detente lengua irrespetuosa...! ¡El edil es sagrado... y el guarda es amovible! Consigno mi protesta, pero inmediatamente paso a guardarla otra vez en lo más profundo de mi pecho. Ni una palabra más. (*Vase lentamente por la izquierda.*)

ESCENA II

FULANO, saliendo lentamente por la derecha.

¿Las once ya? ¡Esa mujer no viene!... ¡Y no hay derecho para obligarle a uno a madrugar y luego darle plantón...! ¡Por vida de la vida de...! ¿Las once y dos...? Tengo ya el puño rozado de las condenadas veces que miro el maldito reloj...! Bueno. Definitivamente ya... espero cinco minutos, y como no venga, espero otros cinco... y nada más. No es al hijo de mi padre a quien se le da un plantón de hora y media... o dos horas menos cuarto... como máximun de dos horas... ¡pero más, no! ¡Que aguarde otro! Si al menos supiera de fijo que venía... ¡si lo supiera, que dos horas, hombre, doscientas y dos mil la esperaba, porque luego es una delicia y un encantol. ¡No hay nada mejor que el hablar con una mujer por la

mañanal... ¡Tampoco es malo el hablar por la noche... y al mediodía... ¡Hala con el puño! ¿Once y diez? ¡Este reloj no anda! Si anda... Bueno, andaré yo también un poco... (*Vase lentamente por la izquierda.*)

ESCENA III

Salen por la derecha, FULANA y FULANITA, sin sombreros, con su labor. Se sientan en el banco

FULANA.—¿Nos seguía ese?

FUL.^a—No he mirado.

FULANA.—Aunque no hayas mirado, ¿nos seguía o no?

FUL.^a—Si, nos seguía.

FULANA.—¿Tú le quieres?

FUL.^a—¿Yo? ¿Qué voy a querer?

FULANA.—Y entonces, ¿por qué le hablas?

FUL.^a—Porque resulta entretenidísimo el escuchar a sangre fría lo que nos dicen con vehemencia y con fuego.

FULANA.—Eso es mala entraña, mujer...

FUL.^a—No merecen más los hombres. Yo quise, no me quisieron; ahora, los que me quieran pagarán por quien no me quiso.

FULANA.—Tú sabrás a donde iréis por ese camino.

FUL.^a—A donde yo disponga. Le concedo lo bastante para que tenga esperanzas, y le niego también lo bastante para que nunca esté seguro de ni esas mismas esperanzas. En un cuarto de hora lo pongo veinte veces contento, enfadado y vuelto a contentar...

FULANA.—¿A tu capricho?

FUL.^a—Eso es, a mi capricho.

FULANA.—¿Y si un día se cansa?

FUL.^a—Si se cansa, no valía la pena de haber ido más lejos.

FULANA.—Eres cruel... pero no lo atribuyas a mérito, que no queriendo es muy fácil el serlo.

FUL.^a—Quizás... (*Buscando en el saquito o en el cestito de labor.*)—¿No has traído lana azul?... ¿Me dejas ir a buscarla?

FULANA.—¿Vas a ir por lana?

FUL.^a—Sí...

FULANA.—Pero cinco minutos y sin alejarte mucho, ¿eh?

FUL.^a—Cinco minutos, sí. Pienso reñir.

FULANA.—Mejor será...

FUL.^a—Para él, no. Creo que de veras tiene ilusión por mí.

FULANA.—Pues tú verás lo que haces. En tu caso, yo, y sabiendo que tienen ilusión por mí, estaría yo un poco ilusionada.

FUL.^a—Yo no.

FULANA.—Bueno. Ve por lana, ve por lana, y no vuelvas trasquilada.

FUL.^a—No hay cuidado. (*Vase por la derecha.*)

FULANA.—Cinco minutos, ¿eh?... (*Trabaja de espaldas a la izquierda y con una pierna cruzada sobre la otra.*)

ESCENA IV

FULANA, después FULANO por la izquierda

FULANO.—¡No viene esa mujer... ¡Por vida de la vida de...! ¡Y haber madrugado para esto...! (*Reparando en Fulana.*)—Un zapatito... otro zapatito más alto... y más alto todo lo que corresponde a dos zapatitos tan preciosísimos... ¡Hice perfectamente en madrugar! Bien mirado... y yo bien miro... ¿qué más da una mujer que otra mujer...? Ya hay algunas mujeres que dan más que otras... pero ahora no es esa mi idea. Y esta mujercita no me parece mal... Por de pronto, tiene línea... ¡y a mi la línea me vuelve loco! ¿Si tu-

viera cara...? ¡A mí la cara también me vuelve locol... Yo creo que está indicadísimo el enterarse... (*Saca del bolsillo un lápiz o un objeto cualquiera, y va acercándose hasta llegar detrás del banco y allí se agacha como si recogiera ese objeto del suelo.*)—¿Es de usted...?

FULANA.—(*Muy seria.*)—No, señor.

FULANO.—Pudo habersele caído...

FULANA.—Pues no, señor. De todos modos muchas gracias.

FULANO.—No las merece. (*Saluda y se aleja.*)—¡Tiene caral! Si yo tuviera suerte... (*Vuelve despacito, saludando.*)—Señorita...

FULANA.—¿Caballero?

FULANO.—(*Pidiendo permiso para sentarse.*)—Si a usted no le molesta...

FULANA.—Es usted muy dueño. Los bancos públicos están para sentarse el primero que llegue.

FULANO.—Es verdad, con arreglo a las ordenanzas, pero no lo es según mis propósitos, pues si a usted la contrariara en lo más mínimo...

FULANA.—No, señor.

FULANO.—O esperase usted a alguien...

FULANA.—A mi hermana, que volverá inmediatamente.

FULANO.—Cederé el sitio en cuanto llegue.

FULANA.—Gracias.

FULANO.—Y mientras... usted resolverá.

FULANA.—Haga usted lo que quiera.

FULANO.—No aspiro a tanto...

FULANA.—Y tenga usted la bondad de no dirigirme la palabra, pues yo no acostumbro a entablar conversación con las personas desconocidas.

FULANO.—Ni yo me permitiría semejante atrevimiento, para el que nada me autoriza. Pero a pesar de todo, si usted considera que en mis palabras pudo haber alguna demasia, le suplico humildemente que me dispense... (*Entristecido.*)—¿No me dispensa usted, señorita?

FULANA.—(*Con viveza.*)—¡Si es que no tengo nada que dispensarle, hombre!

FULANO.—(*Gozoso.*)—¡Gracias, gracias! Interpretaba el silencio de usted como un enojo, y aunque no hubiera estado en mi ánimo el causarlo sentía profundamente la torpeza. Ahora veo que no la hubo y me siento gozoso y satisfecho. (*Sentándose.*)

FULANA.—No necesito saber lo que usted siente.

FULANO.—Que me siento... con el permiso de usted.

FULANA.—¡Ah! *(Y se lleva la labor a la cara para ocultar la risa.)*

FULANO.—*(Pausa. Sacando un pitillo.)*—¿Le hace a usted daño el humo?

FULANA.—No, señor. Y al aire libre, menos.

FULANO.—Es que ahora el aire va hacia ese lado...

FULANA.—No importa.

FULANO.—Dígame usted con franqueza; que no es sacrificio el renunciar...

FULANA.—Por mí no renuncie usted a nada... y le repito que no quiero conversación con un desconocido.

FULANO.—Naturalmente. Ni yo me lo permitiría... *(Pausa. Volviéndose de espaldas y hablando solo.)*—¡Qué pronto le arrancan a uno de cuajo las ilusiones y las vanidades! Yo creía que era alguien, por haber tenido algún triunfo ruidoso en la Audiencia, porque los periódicos alabaron mi nombre y porque ya vienen los clientes a mi bufete de abogado—Mayor, 113, segundo derecha...—a decirme con las más vivas instancias... Don Antonio García Dal... ¿quiere usted encargarse de mi pleito?... ¿quiere usted defender mi causa?... ¿Quiere usted?...

FULANA.—¿Quiere usted hacerme el favor de no dirigirme la palabra, caballero?

FULANO.—*(Volviéndose.)*—¿Habla usted conmigo, señorita?

FULANA.—¡Es usted el que habla conmigo!

FULANO.—No, no. Estoy hablando solo.

FULANA.—¡Para que yo lo oiga!

FULANO.—Le aseguro a usted que no... pero en fin, ya que dió la casualidad de que usted ha sorprendido mis pensamientos, reconozca usted que es bien dolorosa mi situación...; popularísimo, con tanta fama en la Audiencia... y desconocido en el Retiro... ¡a dos pasos!

FULANA.—*(Sonriendo por primera vez.)*—No todos frecuentamos los Tribunales.

FULANO.—¡Que lástima! Pero si alguna vez se hallara usted procesada, yo la defendería con muchísimo gusto.

FULANA.—Gracias...

FULANO.—Mi especialidad es la de criminalista. ¿Usted no ha pensado nunca, por odios o por celos, en matar a alguien?

FULANA.—¡No, hombre! ¡Qué atrocidad!

FULANO.—Es que defendida por mí, saldría usted absuelta. No lo digo por vanagloriarme, si no porque ya lo he demostrado en varias ocasiones, alguna de ellas muy difícil. Conozco perfectamente todos los recursos... y como me lo pro-

ponga de veras, yo meto al jurado en el bolsillo... y viceversa también algunas veces.

FULANA.—Le estimo a usted mucho sus ofrecimientos, aunque confío en no precisarlos.

FULANO.—¡Claro! Usted es soltera, ¿verdad?

FULANA.—¿A usted qué le importa?

FULANO.—Dispense usted... pero no creo que pueda haber indiscreción en la pregunta... como no sea usted soltera en secreto.

FULANA.—No, señor. Francamente soltera.

FULANO.—Muy bien. ¿Una hermana o más?

FULANA.—Una.

FULANO.—¿Qué edad tiene usted?...

FULANA.—¡Hombre!...

FULANO.—Perdone... Estaba interrogando a la testigo. ¿Sería usted tan amable que me dijera su nombre?

FULANA.—¿Para qué quiere usted saberlo?

FULANO.—¿Y para qué quiere usted ocultarlo?

FULANA.—Tiene usted razón: para nada ni por nada. Me llamo Rosario.

FULANO.—(Escribiendo con el bastón en la arena.)—R. ¿Qué más?

FULANA.—Rodríguez.

FULANO.—R.

FULANA.—Rojas.

FULANO.—R. Y van tres. Es usted de las de erre con erre...

FULANA.—Un poco. Y en eso me salé la tierra.

FULANO.—Aragón, ¿eh?

FULANA.—Sí, señor. Yo soy aragonesa, pero he nacido en Valladolid.

FULANO.—Así tiene más mérito. Lo otro, el ser de donde se nace, ya es una vulgaridad.

FULANA.—Me llevaron de muy chiquita a Zaragoza, allí tengo mi familia y mis afectos, y de allí se me inculcaron los resabios y las buenas cualidades.

FULANO.—No lo explique, que ya se comprende bien, y de estas cosas, que dichas extrañan y explicadas son naturalísimas, hay muchas en todas partes. En casa misma nos ocurre una: mi hermano mayor es el pequeño.

FULANA.—¿De estatura?...

FULANO.—Naturalmente. Y sin embargo, cuando hay que coger algo, él es siempre el primero que lo alcanza.

FULANA.—¿Y eso cómo es?

FULANO.—Es cuando hay que cogerlo del suelo.

FULANA.—¡Vaya una gracia!

FULANO.—Y también es el primero cuando se trata de alcanzar algún objeto que se halla colocado un poco en alto, porque nosotros pretendemos ver si llegamos empinándonos en la punta de los pies, y en cambio él, como ya sabe que no llega, desde el primer momento trae una silla, se sube y resuelve el apuro a su favor.

FULANA.—Por las señas es el más listo de la familia...

FULANO.—Lo es. Todo lo grave se lo consulto... y hoy mismo le he de hacer una consultilla enrevesada, preguntándole qué tal le parece una mujer muy simpática, muy trabajadora, con muchos atractivos, con muchas erres y que ha nacido en dos sitios...

FULANA.—¿Burlón además...?

FULANO.—¿De veras cree usted que la broma es burla siempre? Lo inverosímil, aunque sea muy frecuente, es que una mujer lista y discreta, como usted...

FULANA.—¡¡Huy!!...

FULANO.—¿Qué es huy?

FULANA.—Que ya veo venir el latigazo. Cuando ustedes empiezan alabándonos por listas es siempre para decir algo que va a demostrar que somos muy borriquitas.

FULANO.—Esta vez no.

FULANA.—Pues gracias por las otras veces. ¿Qué iba usted a decir...?

FULANO.—Me sorprendía de que ustedes no comprendieran más pronto que cuando un hombre se complace diciéndoles bobadas y gastando bromas casi infantiles, no es que se burla, no, es que se abandona y se entrega a la delicia de hablar con ustedes... y en ese momento no se habría de ver más que el afán que ese hombre tiene de ser para esa mujer distinto de como es con todos los demás hombres y con todas las demás mujeres.

FULANA.—Ya lo vemos ya... pero con quien se conoce poco es muy difícil establecer la diferencia entre la burla y la broma.

FULANO.—Pues yo se la diré. Hombre y mujer, riéndose, digan lo que digan, es broma siempre: cuando se pongan serios, muy serios... ¡cuidado entonces! que ahí es donde pueden empezar las burlas.

FULANA.—Quizás... Pero diga, ¿estos parrufitos, tan puliditos, los habrá usted pronunciado ya alguna vez en la Audiencia...?

FULANO.—En la Audiencia, no: en la Plaza de Santa Ana, que es donde nos reunimos los loros.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
"ALFONSO HERNÁNDEZ"
CALLE 1625 MONTEBELL, NUEVO LEÓN

FULANA.—Buena cantidad de alpiste necesitará usted.

FULANO.—Regular. Pero no lo pido, lo gano, y en ocasiones aún puedo darme el lujo de trabajar desinteresadamente. Por ejemplo, en el juicio que tuve ayer...

FULANA.—Se le nota.

FULANO.—¿Qué es lo que se me nota, señorita?

FULANA.—Que el juicio lo tuvo usted ayer... y no hoy.

FULANO.—¡¡Es usted preciosísimall

FULANA.—¡¡Caballeroll

FULANO.—Perdón si he mentido...

FULANA.—Ande, ande, diga.

FULANO.—Pues digo, que en el juicio por Jurados... ¡por Jurados! ¿se entera usted...? defendí ayer gratuitamente, sabiendo ya que no podría pagarme, a un pobre muchacho a quien acusaban con injusticia de haber robado un reloj de oro. Y además he conseguido que lo absolvieran. Por cierto que el pobre quedó tan agradecido que, no pudiendo demostrármelo de otra manera, a la fuerza me obligó a que aceptara el reloj.

FULANA.—¡Sí que fué injusta la causa que le formaron! ¿Y dice usted que lo absolvieron?

FULANO.—En la calle está ya,

FULANA.—Pues dígame en qué calle, para no pasar por ella.

FULANO.—Es verdad que trabajo de firme y que estudio a conciencia los asuntos, pero tengo muchísima suerte en las defensas y conmigo no hay condenados.

FULANA.—Mal año para el infierno...

FULANO.—¡¡Es usted preciosísimall

FULANA.—¡¡Haga usted el favor, eh...!!

FULANO.—Aunque usted lo dude, le advierto que soy el hombre de más suerte que ha nacido y tienen suerte todos los que a mí se confían.

FULANA.—Caramba...

FULANO.—Como usted lo oye.

FULANA.—¿Es usted ahijado de algún Hada...?

FULANO.—Más.

FULANA.—¿Hechicero?

FULANO.—¡¡Preciosísimall

FULANA.—¡¡Caballeroll

FULANO.—¿Señorita? Si usted me dice a mí piropos, yo no puedo, decorosamente, yo no puedo quedarme sin corresponder.

FULANA.—¿Lo entendió usted como alabanza?

FULANO.—Bobo sería en no entenderlo de la mejor manera para mí. Pero hablando formal-

mente, mi suerte no procede de hechicerías ni de conjuros diabólicos, si no de fuente más pura, más clara y más alta.

FULANA.—¿Del cielo?

FULANO.—De la tierra, pero divinizada por favor especialísimo de los cielos.

FULANA.—Será caso de envidiarle a usted por merced tan señalada...

FULANO.—Indudablemente. Y como buen consejo, me permito indicarle a usted que piense en unir la suerte suya con la mía.

FULANA.—¿Tanto cree usted valer?

FULANO.—Nada, absolutamente nada. Pero el influjo de mi buena estrella cobija también a los que van conmigo, y eso sí que vale mucho... ¡muchísimo!

FULANA.—¿Se puede saber en qué consiste?

FULANO.—Sí... Es una medalla, tocada en el Pilar mismo de Zaragoza y bendecida. Cuanto le pido, me lo concede; logro, cuanto deseo firmemente, y no me faltó jamás su divina protección.

FULANA.—Pedirá usted siempre cosas buenas.

FULANO.—Naturalmente. Cursando mi carrera, estudié bastante, pero claro, siempre sabía unas lecciones mejor que otras. Por ejemplo, sa-

bía muy requetebién la 12, la 14 y la 28... ¡le rezaba a la Virgen de mi medalla... y esas lecciones me tocaban en el examen!

FULANA.—Estando seguro de ello, le sobraba con estudiarse la 12, la 14 y la 28.

FULANO.—Eso no. Una vez me descuidé... y de las cuarenta del programa me salieron la 41, la 44 y la 444.000...

FULANA.—Luego no es milagrosa la medalla.

FULANO.—¡Sí lo es! El salirme aquellas lecciones fué una lección para mí, haciéndome comprender que mientras yo pusiera los medios para lograr algo legítimo y honrado, Ella me concedería su protección, pero si yo me abandonaba, Ella me abandonaría también.

FULANA.—Eso es lo que debe ser. Y dígame, señor charlatán...

FULANO.—Señor García Dal... si le es a usted lo mismo.

FULANA.—Cuando usted pide y le conceden, para manifestarle su amparo, vendrá la celeste aparición entre las nubes, la escoltarán los ángeles...

FULANO.—No, no. Nada de eso. Su apoyo se manifiesta de un modo naturalísimo y arreglando las dificultades con tal sencillez que parecen

obra de la casualidad. Yo mismo, si no tuviera la fe ciega que tengo y si no lo llevara comprobado tantas veces, en la casualidad creería.

FULANA.—Es mejor atribuirlo a la fe.

FULANO.—Para mí, absoluta, indiscutible y además infalible.

FULANA.—Mi enhorabuena.

FULANO.—La acepto, porque bien lo merece... y usted daría una prueba de buen sentido cobijándose al amparo de tan milagrosa protección.

FULANA.—Muchas gracias, pero no es menester. Por fortuna, también yo tengo Santos que miren por mí.

FULANO.—No lo dudo... pero extraño que sean santos mirándola a usted...

FULANA.—¡Caballero!

FULANO.—Señorita... ¿Viene usted a sentarse aquí con frecuencia?

FULANA.—Alguna vez...

FULANO.—¿Todos los días?

FULANA.—Todos los días, no, señor: no estoy empleada en el Banco. Si las mañanas son muy hermosas me dejan bajar un momento a leer o a hacer labor.

FULANO.—¿Sola?

FULANA.—Sola... a veces. Pero mi madre me ve desde arriba.

FULANO.—¡Pobre señora!

FULANA.—¿Por qué pobre señora? Está perfectamente de salud.

FULANO.—Como dijo usted desde arriba, creí que era desde el cielo.

FULANA.—¡Ay, no, señor, gracias a Dios!

FULANO.—Entonces... ¿su mamá de usted vive en algún árbol?

FULANA.—No entienda usted las cosas al pie de la letra. Me ve desde la ventana de casa, ahí en la calle de Alcalá.

FULANO.—¿Número?

FULANA.—Duplicado.

FULANO.—¡Es usted preciosísima!

FULANA.—¡Caballero!

FULANO.—Y decididamente hoy empiezo a pedirle a mi divina Protectora que le inspire a usted afecto y amor por mí.

FULANA.—¿Y si estoy ya enamorada?

FULANO.—¡Muchísimas gracias, señorita!

FULANA.—¡No de usted, hombre! De otro.

FULANO.—Entonces... al otro, lo matamos.

FULANA.—¡No diga usted locuras!

FULANO.—Y ya sabe usted el final. A la Au-

diencia y absueltos. Y en seguida usted y yo a la Iglesia... y condenados... vamos, casados.

FULANA.—Haga usted el favor de no decir disparates. Y fué una broma el hablar de otro.

FULANO.—¡Claro! No puede haber nadie entre usted y yo.

FULANA.—Ni tengo ni quiero. Estoy perfectamente así; libre.

FULANO.—Estaba.

FULANA.—Estoy.

FULANO.—Es... ta... ba.

FULANA.—¿Va usted a obligarme?

FULANO.—Yo, no; la medalla, sí.

FULANA.—¿Infalible?

FULANO.—Infalible. Antes de ocho días novios.

FULANA.—No.

FULANO.—Antes de veinte, cartita llamándome mi Antonio...

FULANA.—¡Calle usted, Antonio!

FULANO.—Ya está la mitad... y el mi viene por el camino.

FULANA.—¡Calle usted de una vez!

FULANO.—Y antes de dos meses he ido al duplicado con la pulsera de pedida.

FULANA.—¿Quiere usted callarse?

FULANO.—Y le sabe usted el fin. A la Au-

FULANO.—Si es que no puedo, Rosario.

FULANA.—¡Y no me llame usted Rosario!

FULANO.—Comprendo que no tolerase usted que le llamara Guadalupe o Filomena, que no es su nombre... pero por el suyo...

FULANA.—Eso supone amistad.

FULANO.—¿Y no la tenemos? Voy a preguntárselo a la medalla.

FULANA.—¿La lleva usted consigo?

FULANO.—Siempre. Desde muy pequeño, que me la dió mi madre, no la aparté jamás de mí.

FULANA.—Es bonita...

FULANO.—Como trabajo material es una maravilla, pero su verdadera maravilla está en lo milagrosa. ¿Quiere usted besarla?

FULANA.—No, señor.

FULANO.—¿No es usted devota?

FULANA.—Ya lo creo que sí.

FULANO.—Y con el pensamiento y de todo corazón, pídale usted algo.

FULANA.—¿Lo concederá?

FULANO.—Pruebe por usted misma.

FULANA.—No le digo lo que voy a pedir, pero le prometo que sabrá usted el resultado, diciéndole sencillamente que sí o que no.

FULANO.—A mí de todas maneras me dice usted que sí...

FULANA.—¡No, señor!

FULANO.—¿En absoluto que no... y que nunca? Ahora pida.

FULANA.—¡Ya está!

FULANO.—Pues ahora bese. (*Se acerca y le da la medalla a besar.*)

ESCENA V

Dichos. EL GUARDA, por derecha

GUAR.—¡Otra parejita! ¡Y van cinco hoy! ¡Pero, qué tendrán las parejitas que todas se colocan en los bancos del mismo modo! ¡Es mucha colocación, señor! Cumplamos nuestro deber. (*Alto.*)—¡Eh, jóvenes!...

FULANO.—Gracias.

GUAR.—A la Delegación.

FULANA.—¡Ay, madre mía!

FULANO.—¿A la Delegación? ¿Por qué?

GUAR.—Allí nos explicaremos todos, que ya estoy harto de parejitas.

FULANO.—Se equivoca usted. Nosotros...

GUAR.—Bien, bien. Allí lo explicarán.

FULANA.—¡Ay caballero, por Dios! ¡Qué vergüenza!

FULANO.—No se apure usted, señorita.

FULANA.—¡Buena suerte me trajo usted!

FULANO.—Yo lo arreglaré. (*Al Guarda.*)—Le juro a usted que es un error y una mala interpretación...

GUAR.—Allí lo explicarán...

FULANO.—No hay motivo para que usted nos detenga... y hágame el obsequio de aceptar eso. (*Un par de duros.*)

GUAR.—Dispense usted caballero. Cumplo con mi deber y no admito nada.

FULANO.—(*Echando mano a la cartera.*)—¿Quiere usted más?

GUAR.—Nada, nada. A la Delegación.

FULANA.—¡Ay, por Dios! ¡Sálveme usted!

FULANO.—¡Si es que este animal se obstina!

FULANA.—¡¡Que para mi es un bochorno horrible!

FULANO.—¿Y como lo remedio?

FULANA.—¡Yo qué sé! ¡Pero sálveme!... ¡Pida usted ahora el milagro, que causa más justa y más buena no la puede amparar!

FULANO.—(*Al Guarda.*)—Mire usted, Guarda, es verdad que estábamos algo juntos esa señorita y yo, pero fué en este mismo momento de llegar usted y porque yo le enseñaba una medalla.

GUAR.—¿Medallitas, eh? A la Delegación.

FULANO.—Yo no tengo por qué mentir ni tiene usted por qué dudar de mis palabras, y para que se convenza usted pronto, véala usted mismo.

GUAR.—¡¡Del Ayuntamiento!! (Descubriéndose.)—¡Perdone usía que no le haya conocidol...

FULANO.—(Guardándose a escape la medalla.)—¡Basta ya de explicaciones, Guardal Y cuidado en lo sucesivo con estos errores indisculpables.

GUAR.—Perdone usía... y le ruego a usía que no dé parte en el Ayuntamiento.

FULANO.—No lo daré.

GUAR.—Reconozco que fué un error.

FULANO.—Pero usted creía cumplir con su deber y eso le honra a usted. Y al no aceptar ninguna cantidad, es también acción honrosísima.

GUAR.—Mi deber, mi deber...

FULANO.—Ahora tengo yo gusto en que usted lo acepte.

GUAR.—¡No, señor!

FULANO.—Lo mando.

GUAR.—Entonces y para obedecer... (Acepta un par de duros.)

FULANO.—Y siga usted su camino.

GUAR.—Servidor de usía. (Cuando se aleja Fulano.)—¿Concejal... y da dinero?... Indiscutiblemente, hay cosas superiores a la imaginación humana... (Mutis por derecha.)

FULANA.—¡Gracias, Antonio!

FULANO.—¿Lo ve usted?... Milagrosa.

FULANA.—Habrá que empezar a creerlo...

FULANO.—Y le conviene a usted dejarse llevar de mi suerte...

FULANA.—Ya lo hablaremos...

FULANO.—¿Mañana?

FULANA.—No sé... Déjeme ahora volver a casa...

FULANO.—¿Qué número?

FULANA.—Ciento siete, segundo...

FULANO.—¡Es usted preciosísima!

FULANA.—Y usted milagroso...

FULANO.—Así como suena... y como ya se ha demostrado.

FULANA.—Vaya, vaya... adiós. (Mutis por izquierda.)

FULANO.—Adiós, Rosarito... ¡Hice bien en madrugar!

TELÓN

Madrid 21, 1, 1916.